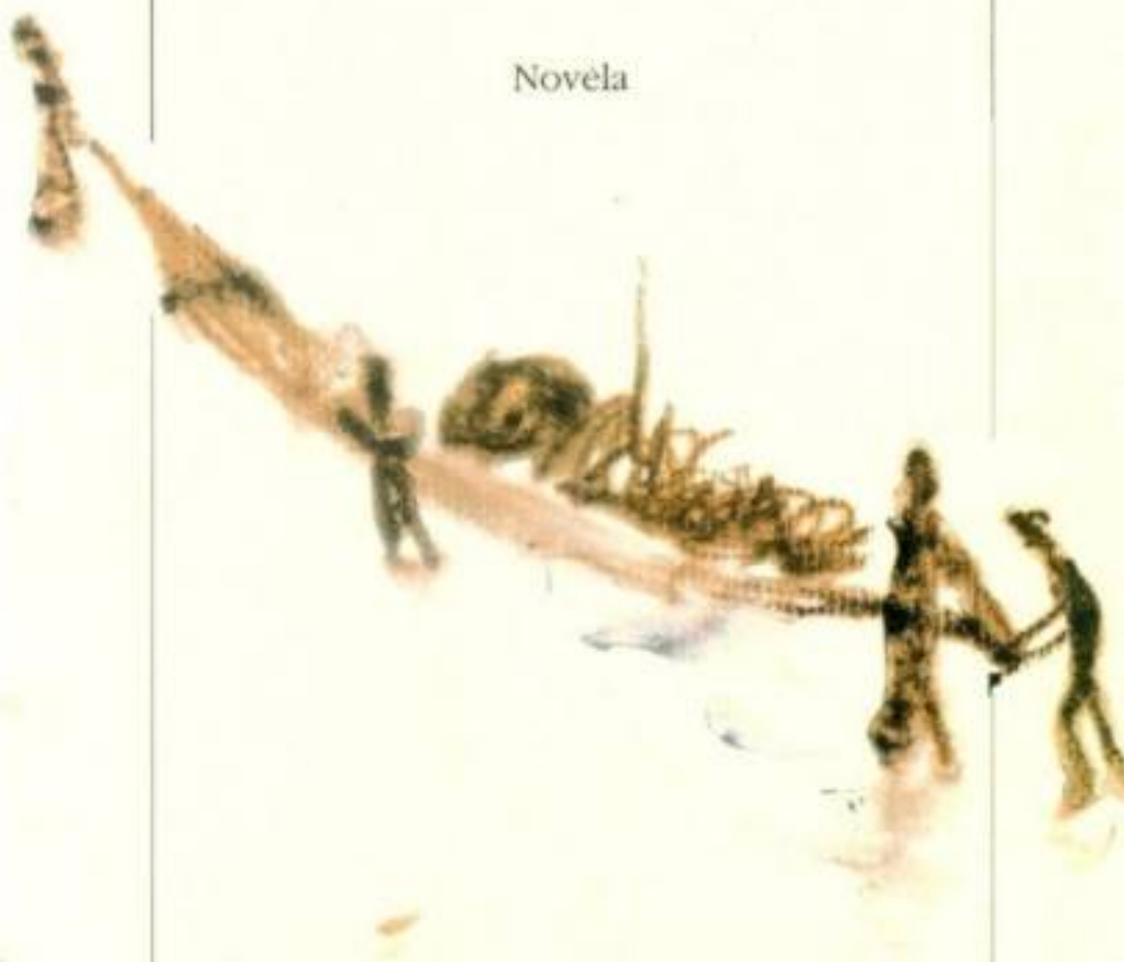


Paul Bowles

Muy lejos de casa

Novela



Muy lejos de casa es un verdadero acontecimiento literario: la primera novela que Paul Bowles publica desde 1966, y, en cierto modo, la concisa y supremamente depurada quincuagésima presencia de su arte narrativo. Según es habitual en el autor, el conflicto dramático nace aquí de la confrontación entre dos civilizaciones, esta vez en el contexto ecuatorial del África negra de habla francesa. Sin embargo, pese a que el espoleto que desencadena el conflicto es el viaje de una norteamericana, no asistimos meramente al careo de su mundo con la cultura indígena, sino también con el mundo de los occidentales, franceses o norteamericanos, radicados en suelo africano y en cierta medida incorporados a aquella cultura. Más generalmente, se nos depara incluso una sutilísima fábula moral sobre las relaciones entre deseo y acción y una ambigua y rica reflexión acerca de las fronteras entre lo real, lo fantástico y lo soñado, de suerte que la obra puede ser leída como un texto enteramente realista o como un texto que en ciertas zonas se abre a una turbadora dimensión onírica y mágica. Como siempre en Bowles, empero, domina, al cabo, la dimensión ética y el poderoso rigor de un estilo, vertido al español por Rodrigo Rey Rosa, discípulo de Bowles y destacado escritor a su vez, que triunfa por su deslumbrante y precisa economía expresiva.

## I

De día, su cuarto vacío tenía cuatro paredes, y las paredes contenían un espacio definido. De noche el cuarto se extendía interminablemente en la oscuridad.

—Si no hay mosquitos, ¿por qué las mosquiteras?

—Las camas son muy bajas, y hay que meter los pabellones debajo del colchón, no sea que toquemos el suelo con las manos —le dijo Tom a su hermana—. Nunca sabes lo que puede andar arrastrándose por ahí.

El día de su llegada, lo primero que hizo Tom después de mostrarle su alcoba, fue darle una vuelta por la casa. Era oscura y limpia. Los cuartos estaban casi todos vacíos. A ella le pareció que la servidumbre ocupaba la mayor parte del edificio. En una habitación, cinco mujeres estaban sentadas en fila a lo largo del muro. Tom se las presentó una por una, y le explicó que solamente dos de ellas eran empleadas de la casa; las demás estaban de visita. En otro cuarto se oían voces masculinas, voces que se convirtieron en silencio cuando Tom llamó a la puerta. Salió un hombre alto y muy negro con turbante blanco. Ella tuvo de inmediato la impresión de que al hombre le molestaba su presencia, pero él la saludó respetuosamente. «Te presento a Sekou —le dijo Tom—. Él lleva la casa. Tal vez no te lo parezca, pero es muy inteligente». Miró a su hermano con malestar; él pareció comprender la razón. «No te preocupes —añadió—. Aquí nadie entiende una palabra de inglés».

Le fue imposible seguir hablando acerca del hombre que tenía enfrente. Pero más tarde, cuando estaban en la azotea bajo el toldo improvisado, reanudó la conversación.

«¿Qué te hizo suponer que tu criado me parecería estúpido? Ya sé que no lo has dicho; pero es igual. No soy racista, ¿sabes? ¿Le ves tú cara de tonto?».

—Sólo quería ayudarte a ver la diferencia entre él y los demás.

—Oh —dijo ella—. La diferencia puede verse, desde luego. Es más alto y más negro que los otros, y sus facciones son más finas.

—Pero hay también una diferencia básica —le dijo Tom—. No es un sirviente, como los otros. Sekou no es su nombre. Es un título. Es una especie de jefe.

—Pero lo vi barriendo el patio —replicó ella.

—Sí, pero eso lo hace porque quiere. Le gusta estar en la casa. No me molesta tenerlo aquí. Mantiene a los otros en orden.

Anduvieron hasta el borde de la azotea. El sol era deslumbrador.

—Eso lo creo —se rió ella—. Tiene cara de tirano.

—Dudo que haga sufrir a nadie. ¿Sabes? —continuó, alzando repentinamente la voz—, eres racista. Si Sekou fuera blanco, eso no se te hubiera ocurrido.

Ella le hizo frente bajo la ardiente luz del sol.

—Si fuera blanco, tendría otra cara. Después de todo, son las facciones las que dan expresión a una cara. Y apostarí cualquier cosa a que si mantiene el orden lo hace por el miedo.

—Lo dudo —dijo Tom—. Pero si así fuera, ¿qué?

Ella volvió a entrar en la casa, y se detuvo a la puerta de su habitación. La sirvienta había cambiado las posiciones de la alfombra y del colchón, haciéndolos girar en un ángulo de noventa grados. Esto le molestó, aunque no sabía por qué.

## II

Mi querida Dorothy,

La carta en que me cuentas lo de tu accidente me ha dejado helada. Por suerte no corrías mucho. Probablemente cuando recibas ésta tu pierna habrá sanado. Eso espero. Nunca deja de asombrarme el que el correo llegue hasta estos lugares, que son verdaderamente el fin del mundo. Cuando pienso que la ciudad más cercana es Tombouctou, siento una especie de abatimiento. Es algo pasajero, sin embargo. Lo que no debo olvidar es que vine porque en aquel momento me pareció una solución ideal, y teniéndolo todo en cuenta, esto era realmente lo único que podía hacer. ¿Qué, si no, me hubiera sacado de la depresión que sufrí después del divorcio, aparte de una buena temporada en un sanatorio? Y quién sabe, también eso pudo no haber funcionado. De todas formas, el aspecto financiero no me permitiría esa salida. Con la beca Guggenheim de Tom, esto me pareció perfecto. La idea era escapar de todo lo que pudiese recordarme el trance por el que había pasado. Este sitio es sin duda la antítesis de Nueva York y de cualquier ciudad norteamericana. La comida me preocupa, pero por el momento ninguno de los dos ha enfermado. Probablemente lo importante es que nuestra cocinera es suficientemente civilizada para creer en las bacterias, y cuida de esterilizar lo que necesita ser esterilizado. El valle del río Níger no es lugar para enfermarse de nada. Afortunadamente, para beber se consigue agua mineral francesa. Si dejaran de importarla, o si escaseara, tendríamos que beber la que hay aquí, hervida y con Halazone. Tal vez todo esto te pa-

rezca ridículo, pero el vivir aquí la vuelve a una hipocondriaca. Te preguntarás por qué no describo el lugar, el paisaje. No puedo. Creo que no podría ser objetiva, de modo que, terminada mi descripción, tú no tendrías una idea más clara del lugar que la que puedes tener ahora. Tendrás que esperar a ver lo que. Tom hace con él, aunque por ahora no ha pintado ningún paisaje —solamente lo que ve en la cocina: verdura, fruta, pescados, y algunos esbozos de los negros bañándose en el río. Lo verás todo a nuestro regreso.

Elaine Duncan está tocada. Me pregunta si no he hecho de menos a Peter, imagínate. ¿Cómo funciona una mente así? Al principio creí que bromeaba, pero luego me di cuenta de que hablaba muy en serio. Supongo que es un rasgo típico de su sensiblería. Sabe por lo que pasé y cuánto me costó tomar la decisión final. Y me conoce lo suficiente para saber que si opté por la ruptura fue porque estaba plenamente convencida de que no podía continuar con Peter. Es obvio que ella espera que me arrepienta de haber abandonado la vida conyugal. Me temo que se llevará un buen chasco. Me siento libre, por fin. Puedo pensar en lo que quiera sin que nadie esté preguntándome: «¿En qué piensas?» Tom trabaja en silencio todo el día, y no le importa si le hablo o no. Es tan agradable estar con alguien que no te presta atención, que no se fija en tu presencia. Desaparecen todos los sentimientos de culpa. Todo esto es muy personal, desde luego. Pero en un sitio como éste te vuelves autoanalítica.

Espero de verdad que te hayas recobrado por completo de los efectos del accidente, y que te abrigues bien. Aquí la temperatura se mantiene a más de cien grados Fahrenheit. ¡Puedes imaginar cuántas energías tengo!

Tu devota amiga,

Anita

## III

Las noches pasaban despacio. Acostada en la silenciosa negrura, le parecía a veces que la noche había descendido para abrazar la tierra tan apretadamente que el día no volvería a clarear. El sol podría estar ya en lo alto y nadie lo sabría. La gente seguiría durmiendo mientras estuviera oscuro, Tom en el cuarto contiguo, Yohara y el vigilante cuyo nombre no recordaba, en uno de los cuartos desnudos del otro lado del patio. Eran muy sigilosos, aquel par. Se acostaban temprano y se levantaban temprano, y el único sonido que de vez en cuando llegaba de aquella parte de la casa era la tos seca de Yohara. Le molestaba el que su cuarto no tuviese puerta. Habían colgado una cortina parda en la abertura que daba al cuarto de Tom, para que la potente luz de su lámpara Coleman no la molestara. A Tom le gustaba quedarse leyendo hasta las diez, pero ella estaba siempre somnolienta al terminar de cenar, y tenía que irse a la cama, donde se entregaba a un profundo sueño de dos o tres horas, para luego despertarse y permanecer tendida en la oscuridad, deseando que amaneciera. El cacarear de los gallos, próximo o lejano, carecía de sentido. Cacareaban a cualquier hora de la noche.

Al principio le había parecido natural que Yohara y su marido fueran negros. En Nueva York tuvo siempre dos o tres domésticos negros. Allá le parecían sombras de personas, como extraviados en un mundo de blancos con quienes no compartían ni la cultura ni la historia, y por tanto, intrusos, lo quisieran o no. Sin embargo, poco a poco había comenzado a darse cuenta de que aquí ellos dominaban el

medio y formaban parte de la cultura del lugar. Era natural, desde luego, pero no dejó de causarle impresión el comprender que la gente eran los negros y la sombra era ella, que ni aun pasando aquí el resto de su vida llegaría a entender cómo razonaban

## IV

Querida Elaine,

Debí escribirte hace tiempo acerca de mi llegada, pero llevo varias semanas sintiéndome indispuesta —no físicamente, en realidad, aunque el espíritu y la carne no están separados. Cuando estoy deprimida me parece que mi cuerpo se cae a pedazos. Supongo que es normal, quizá no lo sea. Dios sabe.

A decir verdad, la primera vez que vi la planicie que se extendía hasta el horizonte, sentí que mi depresión se disolvía en aquella claridad. Era difícil creer que hubiese tanta luz. ¡Y la quietud que envolvía cada pequeño sonido! Uno siente que el pueblo fue construido sobre un colchón de silencio.

Esto fue algo nuevo, una sensación asombrosa, y yo era muy consciente de ello. Me parecía que era exactamente lo que necesitaba para olvidar el divorcio y lo demás. No tenía nada que hacer, nadie a quien ver. Era dueña de mí misma, y ni siquiera tenía que ocuparme con la servidumbre si no me apetecía. Era como estar acampando en un caserón vacío. Desde luego, terminé por meterme con la servidumbre, porque todo lo hacían mal. Tom me decía: «Déjalo estar. Saben lo que hacen». Supongo que saben lo que quieren hacer, pero me parece que no lo consiguen. Si critico la comida, la cocinera se muestra perpleja y ofendida. La causa de esto es que sabe que en la región de Gao ha cobrado fama como la mujer cuya cocina gusta a los europeos. Me escucha y me da la razón, pero como alguien que inten-

ta calmar a un enfermo perturbado. Sospecho que es así, precisamente, como me ve.

Tom es completamente consciente de lo que pasa a su alrededor, y concentra su atención en los menores detalles, de manera que logra objetivar esos detalles, manteniéndose así fuera y alejado de ellos. Pinta lo que tiene ante sus ojos en el momento que sea, en la cocina, o en el mercado, o a la orilla del río: legumbres, o frutas en el acto de ser cortadas, a menudo con el cuchillo clavado todavía en la carne, gente bañándose o pescados del Níger. Mi problema es que esta vida arrastra conmigo contra mi voluntad. Quiero decir que me veo forzada a participar de una especie de consciencia comunal que realmente detesto. No sé nada acerca de esta gente. Son todos negros, pero no tienen nada que ver con «nuestros» negros norteamericanos. Son más sencillos, más amigables y directos, y al mismo tiempo, muy distantes.

Hay algo que anda mal con las noches en este lugar. Sería lógico pensar que la noche no es más que el tiempo en que se abren las puertas del cielo y se puede mirar al infinito, y que por tanto el punto desde donde uno mira no tiene importancia. La noche es la noche, percíbase desde donde se percibiere.

La noche aquí no es distinta de la noche en otro sitio. Así lo quiere la lógica. El día es vasto y luminoso y es imposible ver más allá del sol. Me doy cuenta de que al decir «aquí» no quiero decir «aquí en medio del Sahara a orillas del Níger», sino «aquí en la casa donde vivo». Aquí, en esta casa de piso de tierra suave por el que los sirvientes andan descalzos y no oyes a nadie aproximarse hasta que lo tienes en la habitación.

Hago lo posible por acostumbrarme a esta vida insensata, pero créeme que no es fácil. La casa tiene muchos cuartos. Es inmensa, en realidad, y los cuartos son espaciosos. Y estando desamueblados, parecen más grandes, desde luego. No hay más muebles que los colchones en que

dormimos y nuestras maletas, y los armarios donde colgamos la poca ropa que hemos traído. Fue gracias a estos armarios que conseguimos la casa, porque la hacían pasar por «casa amueblada», lo que elevaba a tal punto el alquiler, que nadie quería tomarla. A nosotros, por supuesto, nos resulta muy barata, y bien sabe Dios que así debe ser, pues no tiene electricidad, ni agua, ni siquiera una silla para sentarse o una mesa para comer, o, a todo esto, una cama para dormir.

Naturalmente, yo sabía que haría calor, pero no tenía idea de lo que era esta clase de calor —sólido, sin variaciones día tras día, sin ninguna brisa. Y no lo olvides, no tenemos agua, de modo que hasta el más ligero aseo se convierte en todo un número. Tom es un ángel acerca del agua. Me deja usar casi toda la que conseguimos. Dice que las mujeres la necesitamos más que los hombres. No sé si esto será un insulto, y me da igual, mientras me ceda el agua. Dice también que no hace calor. Pero no es cierto. No sé cómo convertir centígrados en Fahrenheit, pero si tú puedes, convierte 46 °C en F. Mi termómetro marcaba 46 °C esta mañana.

No sé qué es peor, el día o la noche. Durante el día, claro, hace más calor, pero no mucho más. Esta gente no cree en las ventanas, así que los interiores son oscuros, y esto produce una sensación de encierro.

Tom trabaja gran parte del tiempo al sol en la azotea. Asegura que no le molesta, pero yo no puedo creer que le caiga bien. Para mí sería desastroso pasarme horas y horas de un tirón sentada allí arriba como lo hace él.

Me hizo reír tu pregunta acerca de cómo me siento después del divorcio, y si Peter «significa todavía algo» para mí. ¡Vaya pregunta! ¿Qué podría significar ahora? Hoy por hoy, siento que si vuelvo a ver a un hombre serán demasiados. Estoy harta de sus hipocresías, y de buen grado los mandaré a todos al infierno. A Tom no, desde luego, porque es mi hermano, aunque tratar de convivir con él en es-

tas condiciones no es nada fácil. Pero el tratar de vivir, simplemente, es difícil en este lugar. No te imaginas cuán distante de todo la hace sentirse a una.

El servicio de correos no es óptimo. ¿Cómo podría serlo? Pero tampoco es inexistente. Las cartas llegan, así que no dejes de escribir. Después de todo, la oficina de correos es el extremo del cordón umbilical que me mantiene sujeta al mundo. (Estuve a punto de añadir: y a la cordura).

Espero que te encuentres bien, y que Nueva York no esté peor que el año pasado; aunque seguramente lo está.

Todo mi cariño, y escribe,

Anita

## V

Al principio hubo recuerdos —imágenes precisas, pequeñas, acompañadas de los sonidos y los olores de algún incidente ocurrido cierto verano—. Las cosas que recordaba habían carecido de importancia en el momento de producirse, pero ahora ella luchaba desesperadamente por retenerlas, por vivirlas otra vez y evitar que desaparecieran en la oscuridad que la envolvía, donde un recuerdo perdía los contornos y era reemplazado por otra cosa. Las entidades sin forma que sucedieron a los recuerdos eran amenazadoras por indescifrables, y, al llegar a este punto, su pulso y su respiración se aceleraron. «Como si hubiera bebido café», pensó, aunque nunca lo bebía. Si unos momentos atrás había estado reviviendo el pasado, ahora se encontraba encerrada en el instante actual, cara a cara con un miedo insensato. Se abrieron rápidamente sus ojos, para quedar fijos en lo que no estaba ahí en la tiniebla.

La comida no le gustaba, la encontraba demasiado picante, por el pimentón, y desabrida al mismo tiempo.

—Y te das cuenta —le dijo Tom—, tenemos la mejor cocinera de la región.

Ella respondió que le costaba creerlo.

Comían en la azotea, no al sol, sino en el intenso resplandor de una sábana blanca tendida sobre sus cabezas. Ella tenía en la cara una expresión de disgusto.

—Compadezco a la que se case contigo —dijo en seguida.

—Eso es una abstracción —contestó él—. No te preocupes. Que se lamente ella cuando estemos casados.

—Oh, se lamentará. Te lo aseguro.

Después de un momento bastante largo, volvió a mirarla.

—¿Por qué te has puesto de pronto tan agresiva?

—¿Agresiva? Pensaba en cuánto te cuesta mostrar afecto, nada más. Sabes que últimamente no me siento muy bien. Pero ¿me has dado en algún momento una pizca de afecto? —(Se preguntó, demasiado tarde, si hacía bien en reconocer esto).

—Estás perfectamente bien —dijo Tom, adoptando su aire arisco.

## VI

Querida Peg,

Es evidente que Tom hace todo lo posible por evitar que un día sea exactamente igual al anterior. Organiza un paseo por el río, o una excursión al «pueblo», como él llama al indescriptible conjunto de casas alrededor del mercado. Dondequiera que vamos, debo tomar instantáneas. Esto puede ser divertido, a veces. Todo lo demás es agotador. Está claro que Tom hace estas cosas para evitar que yo me aburra, lo cual significa que es una especie de terapia, lo que a su vez significa que él cree (y teme) que su hermana podría sufrir un trastorno mental. Esto me preocupa mucho. Quiere decir que entre nosotros dos hay algo que no puede ser mencionado. Es embarazoso y crea tensión. Me gustaría ser capaz de hacerle cara y decirle: «Tranquilízate. No estoy a punto de volverme loca». Pero puedo imaginar bastante bien el pésimo efecto de una declaración tan directa. Sería darle prueba de que no estoy segura de mi estabilidad mental, y desde luego, lo único que necesita para que se le frustré el año es una hermana alterada. ¿Por qué he de dudar de mi buena salud? Supongo que sólo porque la mera sospecha de Tom al respecto me aterra. No puedo soportar la idea de ser una aguafiestas, o de que él piense que lo soy.

Paseábamos ayer Tom y yo por la orilla del río. Una playa ancha de barro endurecido. El intenta hacerme caminar más cerca del agua, donde el suelo es suave, diciendo que sienta bien a los pies descalzos. Dios sabe qué clase de parásitos hay en esa agua. Me parece suficientemente peli-